



COMUNICACIONES

EMMANUEL MOUNIER (1905-1950) O EL OPTIMISMO TRAGICO

Antorcha de mi generación, tanto en París como en Grenoble, en Limoges o en Tolosa, en medio de las mil vicisitudes del Frente Popular, de la guerra de España, de la Segunda Guerra Mundial, de la Ocupación y de la Liberación o de la Guerra del Viet-Nam, Mounier se me aparece como el testigo de un catolicismo profundamente iluminado y valientemente comprometido. El nos ha ayudado a todos a descubrir el sentido de la Verdad y el de la buena causa junto con el pueblo de los desgraciados, de los pobres y los oprimidos; sobre el filo derecho del Evangelio y los profetas de Israel, nos ha llamado a liberarnos de los viejos bloqueos mentales y morales y a volvernos hacia el sol naciente. *Non nova, sed vera*, decía nuestro maestro común, Jacques Chevalier; Mounier había comprendido la lección, incluso si la interpretó de un modo que sus antiguos profesores no habían previsto. Alma ardiente pero siempre lúcida, fue para mí un *maestro* en el pensar. Su generosa acción social se alimentaba de una teología abierta. Meditemos esta consigna que él daba a su hermana Magdalena en una carta del viernes 12 de enero de 1928: "Ves, es necesario a cualquier precio que hagamos algo de nuestra vida. No lo que otros vean y admiren, sino el ejercicio esforzado que consiste en imprimir en ella el infinito".

I. LA LLAMADA DEL ABSOLUTO

En una carta que escribió a un sacerdote en 1945, Mounier hacía esta confidencia: "La inclinación esencial de mi corazón es una inclinación mística y yo no hago más que ir a contracorriente de ella". Y a su hermana en 1931 le confiaba: "Yo que por temperamento soy un hombre privado, un hombre de intimidad...". De hecho, la vocación social y política es en Mounier algo secundario: es una preocupación de encarnación de sus ideas religiosas, una voluntad de aplicación de su fe en lo concreto y lo temporal. En la base, Mounier está fuertemente inspirado por la fe cristiana, más exactamente por su confesión católica: en ella ve no un opio generador de quietud mental o social, sino un combate que se prolonga en una apuesta (del tipo de la de Pascal). En contra de una concepción confortable de la religión, se da en ella una visión trágica, angustiada. Como Miguel de Unamuno, podría hablar de "la



agonia" del cristianismo, es decir, de la lucha indispensable para vivir plenamente su fe a través de las contradicciones, las decepciones y las dudas. En este sentido, se acerca sensiblemente a la *teología negativa*, la de Nicolás de Cusa y también la de los grandes místicos.

Esta fe es, primeramente, una apuesta en el seno mismo de la oscuridad. Bajo este ángulo, Mounier posee algún rasgo protestante, kierkegaardiano. Los textos más significativos a este respecto son los que se titulan "la vida más peligrosa" en *L'Affrontement chrétien* (*Oeuvres*, III, p. 198s): "Nada trágico es al mismo tiempo más discreto y más tenso que lo trágico católico: los mismos elementos que parecen alejar de lo trágico no hacen sino descuartizar ahí hasta el extremo las situaciones trágicas. Ninguna confesión cristiana nos impulsa tan lejos el espíritu de síntesis y eso que se puede llamar el sentido modesto del mundo, la paciencia con el pecador y con la historia, el sentido de las etapas necesarias y de las aproximaciones inevitables. Ahora bien, si esta condescendencia espiritual se deja llevar constantemente a amalgamar la fe con el siglo, la rigurosa armadura del catolicismo la contiene mediante dos creencias capitales: la infinita transcendencia de Dios y la universalidad profunda del pecado. El sendero del cristiano católico sigue aquí una cresta y le es necesaria una extrema precisión en el paso para no resbalar ni hacia el cristianismo idílico del Vicario saboyano, ni hacia el cristianismo desesperado de Calvino o de Jansenio. Una línea demasiado arriba y este Dios transcendente se nos escapa enteramente, lo trágico se desvanece con la esperanza, al mismo tiempo que lo patético del compromiso libre y del futuro abierto... Una línea demasiado abajo y el universo profundamente herido de la existencia post-adámica, desgarrado incluso en su intimidad, pero a pesar de todas sus heridas al mismo tiempo efervescente de libertad e inundado de gracia, se torna un mundo espiritualmente muerto y pasivo bajo los decretos divinos; el drama se empobrece todavía para tender a la simplicidad sumaria de una situación jurídica".

Mounier exhala su temor de que haya habido tendencia a minimizar la Transcendencia a fuerza de querer preservar la proximidad de Dios: "No nos hemos librado de la polémica anti-protestante, que no se logró por la polémica anti-jansenista. Por haber querido mantener el diálogo interior del hombre con Dios y la intimidad de la Gracia y por ahí salvar — ¡no nos lamentamos de ello! — toda la sustancia del humanismo cristiano y la alegría cristiana y la fuerza de la Encarnación, ¿no se ha disminuido a veces, en la expresión y en las costumbres, el escándalo fecundo de la transcendencia?". Para Mounier añadir netamente: "A fuerza de apuntar sobre la analogía del mundo creado y de su Creador parece a veces rechazarse, al margen de las grandes vías de la tradición cristiana, la tradición central de la teología negativa. Pero ésta no es sólo el lenguaje familiar de todos los místicos, sino que abre un camino al corazón para racionalizar el universo cristiano". Todo el problema consiste, como ya decía Bossuet, en "mantener los dos extremos de la cadena", incluso aceptando ignorar su sutura, su "hiatus" que constituye a nuestros ojos un verdadero escándalo. Una oscilación perpetua entre el acento sobre los derechos de Dios y el acento sobre los derechos del hombre se manifiesta a través de la historia de la teología. "Dos siglos han intentado imponer a la vida religiosa la razón sin dolor y la facilidad sentimental. Una solicitud tan continua no ha existido sin deprimir profundamente el cristianismo vivido. Hoy la sensibilidad religiosa se recupera. Se torna extremadamente atenta a la parte de agnosticismo en la fe. Quizá todavía esté mal hacer de él una parte. Su exigencia es tan desmesurada como la luz generosa distribuida por la Gracia a través de la noche del entendimiento y de los sentidos".

Según el pensador grenoblés, nuestra época, desde hace decenios se ha dado en exceso a "la instalación en la certeza" y a la "feliz satisfacción"; los espíritus están demasiado adormecidos en "los equilibrios doctrinales y los balances objetivos". Lo que Mounier sobre todo rechaza es "toda instalación en la certeza"; por el contrario, según él es necesaria "una espina de angustia en el corazón de todas nuestras bienaventuranzas". Es necesario dejarse



penetrar por "la ambigüedad fundamental de lo finito bajo la mirada de lo infinito", por la paradoja permanente que introduce al infinito en la historia y en nuestras existencias cotidianas. Como Hamman, el Mago del Norte, hablaba de "lo inaudito" al que es necesario constantemente atenernos y que nos aconsejaba "la melancolía sagrada", Mounier igualmente nos recuerda que "la adoración y el temor de Dios permanecen en la base de la piedad".

Y en este nivel Mounier invoca el testimonio de S. Juan de la Cruz: "la amabilidad de nuestras relaciones sociales, velando los dramas subterráneos, es una mala escuela para admitir que la noche de los sentidos y del espíritu sea un camino obligatorio hacia la posesión de aquello que, sólo al cabo de la noche, S. Juan de la Cruz llamará 'la saciedad que da el Espíritu de Dios' ". Ahí, evidentemente, Mounier reencuentra el mensaje de los grandes místicos hispanos: el de Osuna, de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, de Juan de los Angeles, etc. Simpatiza igualmente con las invectivas de León Bloy contra cierta sabiduría burguesa (cf. *La exégesis de los lugares comunes*) y con la repulsa de Georges Bernanos contra las mentalidades demasiado blandas de las gentes mediocres y ajenas a todo esfuerzo o a toda espera de lo imprevisto. El percibe bien que la ascensión espiritual está condicionada por la "noche oscura". La lección de Job, tan luminosamente puesta de relieve por Fray Luis de León en su inmortal *Comento de Job* no le pasa desapercibida¹.

Pero si Mounier se coloca con Pascal para afirmar que es menester optar y apostar por Dios, por otra parte nos explica que esta apuesta es también una lucha perpetua, un combate de cada día sin tregua alguna. La fe no debe ser confundida con un estado de tranquilidad; está hecha, inversamente, de incerteza e incluso de angustia; nos corresponde batallar contra esta derelicción, pero tal labor nunca se hará sola: es preciso que nos empleemos en ella al máximo y sin relajamiento. Se debe notar que Mounier hace precisamente referencia dos veces a la concepción trágica del mundo que propone Unamuno: primeramente en la *Introduction aux existentialismes* (cap. VII, titulado "Existencia y verdad") y después en *Feu la chrétienté* (*Oeuvres*, III, p. 162; cap. I, "La agonía del cristianismo").

Es en la misma perspectiva en que el pensador grenoblés, deseoso de despertar de su letargo a los "bien pensantes", considera la guerra civil española (1936-1939), capaz, por su amplitud escatológica y su dolorosa agudeza, de crear, en las conciencias ablandadas y aburguesadas, una sacudida saludable: "ese fuego incendiario de España, en las meditaciones felices de un mundo todavía igual...". Nuestro deber es tomar conciencia del drama y sacar las lecciones para nuestra "conversión" a radice. Mas en general, la vida aparece a Mounier como trágica y difícil sobre un fondo, sin embargo, de optimismo (pues la Creación es buena y nos está prometida la salvación total, supuesto que aceptemos, a fin de cuentas, el don de Dios y que cooperemos con él).

No se trata, pues de abandonarnos al laxismo o al olvido del esfuerzo. Por lo que el compromiso temporal está condicionado por la llamada de lo absoluto que nos obliga a una ascesis y a una asunción incesante de riesgos. En *Qu'est-ce que le personnalisme?*, capítulo final sobre "Los derechos de la transcendencia", se puede leer esta reflexión bien característica: "Es necesario que un drama interior anime el compromiso. Este drama alcanza su máximo de intensidad y de fecundidad cuando resulta de la tensión, en lo improvisado de la experiencia, entre la exigencia inflexible de lo absoluto y la exigencia apremiante de la realización. La situación de inseguridad y de osadía en que nos introduce es el clima de las grandes empresas. En perspectiva de absoluto, los desgarramientos que impone el compromiso se tornan sacrificios a la generosidad del ser. Ellos sellan lo trágico de la acción" (*Oeuvres*, III, p. 201).

¹ Cf. A. Guy, *La pensée de Fray Luis de León*, Ed. Vrin, Paris, 1943, 463-479, 721-744.



Mounier lo ha repetido en numerosas ocasiones. La adhesión del creyente no es una política de aseguración, un documento oficial que le garantice la paz definitiva y la comodidad, sin falla ni turbación; no puede evacuar lo que Goethe llamaba el "Sorge" (cuidado). "El pensamiento que va hasta el extremo de sus exigencias tiene por destino ser crucificado afuera, así como ser descuartizado entre sus exigencias íntimas" (*Traité du caractère* cap. XI, in finem; *Oeuvres*, II, p. 679).

2. EL DESEO DE ENCARNACION

Mounier predica, en consecuencia, a favor de un "realismo cristiano" (*La cristiandad difunta*, t. III, p. 586) que tome en cuenta todas las dimensiones del creyente y de la llamada que ha oído. Lamentablemente, según él, el catolicismo moderno tiende a pasar al angelismo, es decir, a huir de lo concreto y lo temporal para refugiarse en lo abstracto y en un puro decirse a sí mismo espiritual, pero en realidad vacío y vano. Esta tentación contemporánea procede de una contaminación del cristianismo por el idealismo, filosofía aún dominante en los años 30 (cuando fue creado *Esprit*). Mounier denuncia constantemente el intelectualismo (escolástico o laico) e incluso un cierto espiritualismo desencarnado, heredado de la tradición universitaria (Brunschwig, por ejemplo). Aquí todavía, el pensador grenoblés se acuerda de la palabra cruel de Péguy: "La moral de Kant tiene las manos puras, ¡pero es porque no tiene manos!".

Es preciso, pues, contrariamente, tomar la medida de nuestra condición humana, en su integralidad, como el maestro de Mounier, Jacques Maritain, reclama en *Humanisme intégral* (una obra verdaderamente clásica en el decenio en que comenzaba a escribir el joven agregado de filosofía). Esto quiere decir que debemos recordar lo que de mixto tiene nuestro "compuesto humano": no somos "ni infra-hombres, ni super-hombres" ("La petite peur du XX^e siècle", *Oeuvres*, III, p. 425). "Detrás de este lienzo sin brillo centellea una gran aventura, un drama más allá de toda medida" (*ibid.*). Tenemos como tarea específica hacer pasar el mensaje cristiano en las costumbres, en lo cotidiano: es el deber imprescriptible de *encarnación*; no nos está permitido acantonarnos soberbiamente en los dominios de la especulación intemporal e impersonal. Pues "lo sobrenatural es él mismo carnal", como ha dicho Péguy.

Esta voluntad de encarnación requiere, como corolario, la aceptación de todas las adquisiciones válidas de la modernidad y, más ampliamente, un *minimum* de confianza en el progreso (ciertamente, a beneficio de inventario). Así el cristiano debe ir del "polo profético" al "polo político" y a la inversa ("Le personnalisme", *Oeuvres*, III, 504). El absentismo, la retirada al Aventino, una pretendida neutralidad, serían inaceptables y culpables. En este nivel, Mounier se muestra severo con los fariseos o, simplemente, con el gran número de "fieles" que rehusan tomar parte en los debates de la ciudad, no queriendo más que soñar en el otro mundo; hay ahí inconsciencia o derrotismo. *L'Espoir des désespérés*, cap. final sobre Bernanos, pp. 232-233, *Oeuvres*, IV, p. 177 vuelve sobre esta conducta ambigua que desacredita con demasiada frecuencia a los cristianos: "Si el cristianismo deja a tantos hombres el sentimiento de ser, en la mejor de las hipótesis, una especie de nobleza nostálgica y, en la menos buena, un *alibi*, los cristianos quedan ahí quizá por algo, ellos saben recordar demasiado bien la riqueza de sus fuentes para enmascarar la pobreza de su presencia".

Este compromiso tiene, por lo demás, unos límites: no podría degenerar jamás en sectarismo y fanatismo; debe guardarse siempre del espíritu partidista que peca por dogmatismo e incompreensión de las posiciones ajenas. Por ello el compromiso se duplica en una cierta capacidad de desempeño cuando es menester. El cristiano no debe estar enfundado a nadie, sea el que sea el codo a codo que practica con los desgraciados y explotados. Citemos



un párrafo muy rico, tomado del *Traité du caractère*: "El compromiso demanda sacrificios y una elección. Nunca es posible salvar al mismo tiempo todos los aspectos y todas las posibilidades de la verdad, bajo pena de entregarla a la impotencia. Es el mal de los espíritus demasiado matizados que por una suerte de idolatría de la verdad, la inmoviliza a fuerza de querer salvarla al detalle. Este puritanismo intelectual tiene su raíz psicológica en las manías de precisión y de perfección. La acción debe resignarse a verdades truncadas y a verdades impuras... Sería olvidar un aspecto esencial de la experiencia del pensamiento el omitir, a fuerza de hablar de compromiso, la necesidad no menos apasionada de desasimiento que en ella alborea. El pensamiento se percibe confusamente como transcendencia respecto a los objetos que debe explicar, a los términos que debe unir, a las necesidades colectivas a las que debe responder... Huyendo de sus compromisos traiciona su misión y se desvaloriza, falto de savia. Pero si debe estar en el mundo, en él debe estar como no estando. Cual caballero del Grial, debe reservar su transcendencia contra todas las ataduras de la tierra. Es lo que no entenderán jamás los espíritus prácticos y políticos, enteramente dedicados al interés del momento, sin reserva mental para el futuro" (*Oeuvres*, II, p. 679).

3. LA DENUNCIA DEL MATERIALISMO BURGUES: LA OPCION SOCIALISTA

Asumiendo plenamente la coyuntura, según el imperativo de presencia en el mundo cotidiano que acaba de ser definido, Mounier constata la grave crisis del capitalismo en el siglo XX. Esta deplorable situación, hecha de paro, de quiebras, de miseria, de huelgas, de enriquecimiento desvergonzado de algunos a costa de la extrema pobreza de las masas, no es en absoluto algo excepcional que solamente hubiera comenzado con el crack de Wall Street en 1929 para enseguida generalizarse en todo el planeta; es un desequilibrio permanente, producto del liberalismo económico desde dos o tres siglos. Bajo el pretexto de "laissez faire, laissez passer", concediendo en principio todas las posibilidades a cada uno, se ha llegado a acrecentar la fosa entre las diversas condiciones sociales. La lucha de clases se ha exasperado por culpa de los propietarios que han incrementado sin vergüenza sus riquezas en detrimento de los medios populares. Es lo que Mounier llama "el desorden establecido", fruto de la competencia sin freno ni escrúpulo, donde triunfan los más astutos. Tal es el escándalo que constituye la plutocracia que gobierna el mundo a su manera, teniendo por única brújula la búsqueda de ganancia.

"Jamás tirano dispuso de tal universal poder de triturar a los hombres, por la miseria o por la guerra, de un extremo a otro de la tierra; ningún tirano acumuló en el silencio de la normalidad tantas ruinas e injusticias", (*Esprit*, 6, p. 888).

Desde la Ley Chapelier (bajo la Revolución Francesa), que suprimió las corporaciones, los obreros han sido entregados, sin posibilidad de agruparse legalmente, al puro gusto de los empleadores, que han fijado los salarios y los horarios de trabajo a su manera. Mientras que el tomismo había mostrado sabiamente los límites de la propiedad privada insistiendo sobre su carácter de función social (contra el *jus utendi et abutendi* romano) la mentalidad capitalista ha retornado al paganismo amoral, preconizando una lucha sin coto que tiene la hipocresía de cubrirse a veces de un falso manto religioso, pretendiendo que la Providencia —o la naturaleza buena— asegure siempre las "armonías económicas" (particularmente, Bastiat). Para Mounier es preciso revisar esta peligrosa concepción del dinero-rey. "No hay más título de propiedad que la ocupación de un bien sin amo y el trabajo. La usura que está en el origen de la mayor parte de las fortunas actuales, no entra entre esos títulos" ("De la propriété capitaliste a la propriété humaine", in finem, en *Oeuvres*, I, 475). El capítulo IV de *Révolution personaliste et communautaire*, titulado "Diario de Ernest Noirfalize, burgués de las Ardenas, sobre las consideraciones que preceden" (pp. 247-254), realiza precisamente la



satira brillante de la usura que corrompe las costumbres desde hace siglos (mientras todavía en la Edad Media estaba condenada formalmente por la Iglesia).

Mounier ha tanteado lo histórico de esta civilización burguesa. Abramos el *Manifeste au service du personalisme* (Primera parte, "El mundo moderno contra la persona", p. 17): "Bajo esta ángulo, la concepción burguesa es el desenlace de un periodo de civilización que se desarrolla desde el Renacimiento hasta nuestros días. Ella procede, en el origen, de una revuelta del individuo contra el aparato social convertido en demasiado pesado. Esta revuelta no era enteramente desordenada y anárquica. En ella hierven exigencias legítimas de la persona. Pero se desvió enseguida hacia una concepción tan estrecha del individuo que llevaba en sí desde su salida un principio de decadencia... Cuando inventó la fecundidad automática del dinero, el capitalismo financiero abrió a los cinco continentes un mundo de facilidad... Una vez que se comprometió en las vías de esta facilidad inhumana, una civilización no crea más que para suscitar nuevas creaciones; sus creaciones mismas fabrican cada vez más inercia tranquila".

El culto al becerro de oro se ha reinstalado en medio de nosotros. Ahora bien, el dinero separa; separa a los hombres comercializando todo intercambio, falseando las palabras y los comportamientos, aislando sobre él mismo, lejos de los vivos reproches de la miseria, en sus barrios, en sus escuelas, en sus vestidos, en sus vagones, en sus hoteles, en sus misas, a aquél que ya no sabe soportar más que el espectáculo cien veces reflejado de su propia seguridad. Sobre el altar de esta triste iglesia no hay más que un dios sonriente y horrorosamente simpático: el Burgués. El hombre que ha perdido el sentido del Ser, que no se mueve sino entre cosas y cosas utilizables, destituidas de su misterio. El hombre que ha perdido el amor" (*Ib.*, p. 20). Más adelante Mounier denuncia la cultura burguesa que de la misma suerte ha desnaturalizado a la humanidad contemporánea (*Ib.*, pp. 129-134).

El burgués no se interesa más que por el tener, por lo útil, por lo rentable; ignora el Ser o se burla de él. Lo que le es extraño por encima de todo es el amor: el amor de los hombres y el amor de Dios (cf. *Oeuvres*, I, pp. 390-393). En una carta, en 1929, Mounier ha confiado a su hermana el asqueo que produce en él la atmósfera de los grandes salones parisinos en los que la alta burguesía despliega su omnipotencia (número especial de *Esprit* sobre Mounier, p. 971). Pero confiesa que esta atmósfera deletérea es a veces contagiosa; el espíritu aprovechado y chabacano del burgués corre el peligro de ganar a todo hombre; no se trata, pues, de acusar exclusivamente a la clase dominante; como confiesa una misiva de Mounier a Deletréz, en 1945 (o. c., p. 1050), "todos somos burgueses", ó, al menos, tenemos la propensión a serlo...

En este nivel, el pensador grenoblés se interroga sobre el equívoco de los partidarios autodenominados demócrata-cristianos de su tiempo: Partido Demócrata Popular, Movimiento Republicano Popular, Partido alemán de los Cristiano-Demócratas, Democracia Cristiana en Italia, etc... A sus ojos todos quedan más o menos confinados en una actitud bastante falsa, hecha de compromisos con las potencias del dinero; son en el fondo, partidos reformistas solamente, descosos de oportunismo y cuidando los grandes intereses. Por el lado opuesto, Mounier tampoco es favorable a los grupúsculos de los Cristianos progresistas (como *Terre-Nouvelle*, o la U.C.P.), sí bien ellos tengan más su simpatía; estos cristianos marxistas tienen excesiva tendencia a constituir un nuevo clericalismo que sería el de izquierda, es decir, revolucionario sin duda, pero abandonándose a un nuevo conformismo dogmático y mostrando propensión a escindir los valores terrenos de su fundamento espiritual.

Más vale abstenerse de aplicar la etiqueta cristiana a los partidos en los que el cristiano está llamado a militar. Lo esencial es optar por un esfuerzo de solución humana y radicalmente innovadora de la cuestión social, es decir, por el socialismo (en el sentido amplio del



término), por un intento audaz y valiente de cambiar al mundo de base, de tomarlo todo y refundirlo todo en un crisol aún nunca sospechado. El socialismo quiere poner las instituciones al servicio del hombre, en lugar de someter a éste en provecho de algunos. La idea de comunidad debe polarizar la acción de los cristianos. A este efecto elegirán no importa qué grupo auténticamente socializante (sea la SFIO, el Partido comunista, los Proudhonianos y Libertarios, etc.). Testigos de su fe, se guardarán bien, por otra parte, de involucrar directamente a la Iglesia en su militancia; siempre tendrán el cuidado de distinguir el *hic et nunc* y lo eterno, sin llegar, no obstante, hasta el dualismo.

4. EL PERSONALISMO

Como Renouvier, Mounier está vinculado a la palabra "persona" y a la de "personalismo" que recurre en cinco ocasiones en los diversos títulos de sus obras.

La *persona*, más allá de las etimologías bien conocidas, pero contestadas, presenta un cierto número de caracteres. Es primeramente la existencia individual, incorporada en lo biológico, pero también en los grupos sociales y nacionales, incluso internacionales. Es, después, apertura al otro en el sentido definido por Maurice Nédoncelle y por Martin Buber; esta comprensión acogedora del otro proscribió en el cristiano personalista toda aversión (su denuncia del burgués debe ser despojada de todo "enojo de baja calidad", *Manifeste au service du personalisme*, p. 233). Es una *metanoesis* completa, en virtud de la cual la persona se hace nueva, gracias (como dirá Georges Bastide más tarde: *La conversión spirituelle*, 1968) al recogimiento previo a toda actividad fecunda y de aliento fuerte. Es, en fin, la conquista y la soberanía de la libertad, es decir, no únicamente de las libertades (en el sentido burgués y banal del término), sino de un libre arbitrio progresiva y totalmente autónomo, en el sentido kantiano y leisseniano, al servicio de los valores.

El movimiento personalista es un despertar del alma y de nuestro ser entero, más que un partido o una reunión. "El personalismo no aporta soluciones. Da un método de pensamiento y de vida" (*Manifeste au service du personalisme*, 4.ª parte, "Principios de acción personalista", cap. I, p. 229). El personalismo sugiere e incita, no se cristaliza en una posición fija, es siempre dinámico, en busca de lo mejor, practica un continuo examen de conciencia, más allá del exceso de suficiencia de los políticos.

5. MOUNIER Y LAS GRANDES ACTITUDES HUMANAS

¿Cómo situar el personalismo mounierista entre las otras grandes familias espirituales del mundo y de la historia?

A) Sus fuentes. Mounier se nutría sobre todo de la fe cristiana que siempre ha sido muy viva en él, en sus padres e igualmente en el hogar que fundó. En la tradición religiosa se inspira sobre todo en S. Agustín, en los grandes místicos (incluido el Pseudo Dionisio el Areopaguita), en Pascal, en la teología negativa, en el tomismo social y temporal (más que en la Escolástica en sí misma), en Proudhon (cuyo anarquismo constructivo por un momento le seduce), en Maine de Biran (ver el *Traité du Caractère*), en Scheeler, en Landsberg (el amigo de Joaquín Xirau en Barcelona), en Marx (a quien admira como profeta), en Jacques Chevalier (que fue profesor suyo en Grenoble), en Bergson ampliamente (en especial, *Las dos fuentes de la moral y de la religión*), en Jacques Maritain (a quien Mounier frecuentó mucho en París), en Berdiaev y en Péguy (sobre el cual ha escrito, con Georges Izard y Marcel Péguy, una obra muy bella).



B) Los parentescos. Mounier posee muchos rasgos de Léon Bloy, pero en menor violencia: es un temperamento entero que rechaza las acomodaciones y las maniobras. Tiene también algo de Georges Bernanos (al cual ha consagrado un estudio en *L'Espoir des désespérés*) y de Theilard de Chardin (por lo que hace a su evolucionismo cristiano). Fue amigo de Jean Guittou, de Jean Lacroix, del R. P. Lebret, de Gabriel Madinier (biraniano lyonés), de Gabriel Marcel. Ha sido influenciado en algunos aspectos por Malraux y por Camus, incluso por Sartre (a quien, sin embargo, ha criticado). Se sabe, finalmente, que leyó a Unamuno y a Ortega y Gasset. Pero superando todas estas afinidades, Emmanuel Mounier permanece *inclasificable*: era una personalidad de gran relieve de la cual no se ha terminado de cernir los contornos. Como ha visto P. Ricoeur, fue notable por "esa sutil aleación de una bella virtud ética con una bella virtud poética" (número especial de *Esprit* sobre Mounier, "Une philosophie personaliste", p. 887).

En conclusión, Mounier ha querido "rehacer el Renacimiento" (según el título de su primer editorial de *Esprit*, en 1932). Después de cuatro siglos de errores y de mentiras, buscó invertir la marcha y enderezar este mundo torcido o roto... Antes que él, Lacordaire, Lamennais, Montalambert, Tocqueville, Bazire, Buchez, Bailanche, Albert de Mund y tantos otros habían actuado en ese sentido. En las décadas que él vivió, Marc Sangnier (el fundador de *Sillon*), Marc Coquelin, Etienne Borne, Los Padres Maydiou, Chenu, Montuclard y de Montcheuil, etc. trabajaron en horizontes parecidos. En España su revista tuvo muy pronto numerosos lectores y militantes (desde Comín y Dalmau o González Ruiz a Carlos Díaz, Fontecha, Antonio Heredia, Miguel Cruz Hernández, etc...). En otros países es igualmente admirado y estudiado (en particular en las naciones en vías de desarrollo, donde ha despertado tantas esperanzas de renovación: reparemos en Helder Cámara). Su irradiación no ha hecho, sin embargo, más que comenzar; estoy persuadido de que está llamada a agrandarse inmensamente. Así lo escribe Jean Lacroix: "Si yo tengo a Mounier por un verdadero educador es que hoy hay en Francia y fuera de Francia centenares de hombres que porque le han conocido han existido finalmente, es decir, han sido arrojados fuera de ellos mismos hacia su vocación" ("Mounier éducateur", en el número especial de *Esprit* sobre Mounier, diciembre 1950, p. 851). Profeta de cristiandad, Mounier fue también profeta de humanidad. Su optimismo trágico es susceptible de aportar luz y ardor a nuestro siglo XX en su declinar, en busca de resurrección.

En este nivel, el pensamiento de Mounier y las grandes actitudes humanas...

Alain GUY
 Del Instituto E. Mounier, Prof. de la Universidad de Toulouse-Le Mirail.
 (Tradujo del francés. G. Tejerina Arias).